

TESTIMONIOS DE DOS PROCERES

SERMON DEL CANONIGO JOSE MARIA CASTILLA

Llámase nación independiente aquella que ha sacudida la coyunda que la sujetaba a otra nación. La América, esta hermosa porción del mundo, había sido conquistada por la España, una de las naciones de Europa. América, en la infancia de la religión y de la civilización, no había podido cuidar de su libertad; no había reparado lo multiplicados recursos, en los abundosos ríos de felicidad que corren en su seno, para constituirla en un poder y en una grandeza capaces de arrastrar la admiración de las otras tres partes del globo.

América joven, enriquecida de conocimientos, observa en silencio la marcha de la naturaleza. Ve, en primer lugar, la monstruosidad de ser regida una parte del mundo por una pequeña porción de otra; ve los retrasos que sufre en esto la felicidad de sus pueblos; mira olvidada la educación de sus hijos; ve entorpecerse sus recursos, por los millares de leguas que la separan de su metrópoli; y desatendidos los talentos, el mérito y la virtud, que no podían herir la vista del trono a tan larga distancia; mira su comercio combinado con los intereses de aquella metrópoli; sus manufacturas y su labranza mezquinas y casi insignificantes. Observa después, que los hijos agradecidos a sus padres, no dejan de serlo, no los ofenden, cuando tocando en la perfección de sus talentos y de sus facultades, se unen a una esposa y entran a componer una nueva familia.

De aquí es que no puede imputarse a la América, al suave y sensible carácter de sus habitantes, la negra marcha de ingratitud, por querer separarse de la España. Es ya joven: conoce sus intereses: no se le oculta el camino de la inmortalidad; desea ser libre y componer una familia distinta de la de su metrópoli: imita en esto a la misma España, que quebrantó el yugo de los romanos, después de haberse apropiado su legislación y sus costumbres.

Apoiada en estos principios dictados por la naturaleza, la América por último sacudió su manto, puso su flecha en su arco, sus hijos despertaron del letargo en que yacían. Libertad!, pronunció Caracas; libertad! repitió México, y el eco resonó libertad en Guatemala. La ilustración ha protegido este grito, y la sana filosofía, derramando sus luces por la América, ha hecho de la independencia el único blanco de sus deseos.

Dios nos la concedió por último, en un deliquio de su amor; nos la ha concedido sin el subido precio a que la han comprado tanto otras naciones. La América del Norte sacrificó a su independencia gran parte de sus habitantes; México ha sostenido por muchos años una guerra destructora; y Venezuela, para ser libre, vio regados sus templos con la sangre de sus hijos.

Guatemala ha visto nacer su libertad, sin que su cuna fuese manchada con una gota de sangre; se ha hecho libre, sin que hayan entristecido sus oídos lamentos de víctimas; y pronunció su independencia, sin los descalabros de los combates. El carro de la guerra no ha surcado sus campos; el incendio no ha tocado sus hogares; la devastación y la muerte no han sorprendido nuestro sueño tranquilo. La encantadora paz blandiendo su oliva sobre nuestras cabezas, la pacífica razón hablando, y el amor fraternal encadenando los corazones del americano y europeo, nos dijeron: sois libres. Todos lo hemos visto.

La ambición, la injusticia y el artificio pueden procurar algún suceso; pero es transitorio y sus conse-

cuencias funestas. Caminando bajo estos principios, experimentaréis que vuestra felicidad es un negocio fácil y seguro. Si los abandonáis, veréis renacer continuamente unos de otros los obstáculos. No os apartéis de la virtud, que es la base de todo gobierno. Sin ella, la anarquía, el peor de los males, vendrá a cavar los cimientos de nuestro edificio social, y la tea de la discordia vendrá a interrumpir la dulce paz que respiramos.

La Unión es tan inseparable de aquellos que desean formar un buen gobierno, como lo es el calor del fuego. La religión cristiana, que ha unido a todos los hombres con los vínculos de la caridad, hasta hacer de todos ellos un solo pueblo, que no permite ofrenda alguna sobre sus altares de quien no se haya reconciliado con su enemigo; que no se limita a prevenir perdón de éste, sino que quiere que se le ame como al bienhechor; esta religión, digo, no tendrá las mayores conveniencias para cimentarnos, por su observancia en un gobierno estable y sabio?

Las revoluciones de los antiguos pueblos y las de los modernos se han estrellado en los escollos de la contradicción, por haber perdido de vista la virtud. La Grecia, modelo de las buenas leyes y de la civilización, fue despedazada por las divisiones intestinas. La culta Francia en nuestros días, que dio lecciones de filosofía y pulió las costumbres de casi todos los pueblos, se hizo libre; pero se dividió en partidos, y fue devorada y bañada en la sangre de sus hijos por Robespierre y Marat. Roma, en tiempo de los emperadores de Oriente, llegó a gustar, por momentos, de los gratos frutos de la paz. Ved uno de los hechos que la alteraron.

Estos son mis sentimientos, amado pueblo; os he abierto mi corazón. Este discurso no es obra de la meditación; es sí, de amor, de la gratitud hacia vosotros, del entusiasmo por nuestra independencia, del deseo ardiente de que no se frustre nuestra empresa.

Os he querido probar la justicia de la independencia que hemos jurado, por la necesidad de formar en nuestro mismo seno un gobierno cubierto de ojos, que observe nuestras necesidades, conozca nuestras costumbres, nuestra localidad y hasta nuestras preocupaciones; y que abrazando todos estos objetos, pueda darnos unas leyes que nos hagan felices. He querido asimismo hacer estable la justa libertad de que hemos adquirido, apuntando ligeramente los medios más eficaces para conseguirlo, y los escollos en que podríamos naufragar.

Hasta aquí he visto con placer entre vosotros las más lisonjeras disposiciones para perpetuar nuestra felicidad; he sido testigo de vuestra fraternidad. Feliz unión que enlazó nuestros corazones, hasta formar de ellos una alta pirámide que he llevado nuestros votos al cielo! y el Supremo Protector de la libertad, echando una mirada de predilección sobre este pueblo que le adora, ha dado el lleno a sus sanos deseos. Me faltan palabras para elogiar dignamente la conformidad de sentimientos que reina entre los habitantes de Guatemala; pero no quiero pasar en silencio el dicho de uno de los que vulgarmente se llaman lanas. "Estamos tan unidos con los españoles, gritó, que todos formamos un torzal". Ved si se puede expresar de un modo más breve y más enérgico la conformidad de nuestras voluntades. Si seguimos así; si cada día se fortifica más y más nuestra amistad, que bella perspectiva ofrece nuestra futura suerte! Si queréis que se prolongue este dichoso estado; si queréis que nues-

tros hijos pronuncien con ternura nuestros nombres bajo el frondoso árbol de la libertad, sofoquemos todo lo que pueda disolver nuestra unión; descansen con seguridad en las manos de los gobernantes que dirigen nuestra nave política. No haya distinción entre

ladino e indio, entre negro y blanco, entre europeo y americano. Que la fraternidad y la paz, hijas predilectas de la libertad, estrechen más y más nuestros vínculos, y formen de todos nosotros un solo corazón, un solo deseo, una sola alma

EVOCACION DEL NICARAGUENSE MIGUEL LARREYNAGA

Os quiero poner esto delante de los ojos, comenzando desde la primera independencia de 1821. Mucho antes habíamos estado haciendo votos continuos y esfuerzos secretos por hacernos independientes y romper el yugo español; lo exigía nuestro propio interés y nuestro propio honor. Era ya una vergüenza, un vilipendio obedecer a la península. Siempre, que de allá nos venían leyes y reales órdenes para que las obedeciésemos; siempre que nos venían empleados que nos mandasen; siempre que nos venían libros que leyésemos, hacíamos propósito de declararnos libres e independientes y sacudir toda sujeción, pues era ya, no dié una injusticia, sino una humillación, un ultraje. Porque al mandarnos las leyes, hechas en Madrid, sin nuestro consentimiento, era lo mismo que decirnos: "vosotros no sabéis ni podéis gobernaros a vosotros mismos, ni tenéis capacidad para conocer el buen orden, ni mucho menos para guardarlo, y así es necesario que desde aquí se os trace la conducta que debéis seguir y el régimen que os conviene. Si os dejase a vuestra voluntad, seguramente os embrollarías unos con otros y arderíais en odios y rencillas; así, tened y observad esas leyes coloniales que son los que más os adaptan, y agradeced"

Al enviarnos los empleados que nos mandasen, Presidentes, Oidores, Obispos, Intendentes y Alcaldes Mayores, era lo mismo que decirnos: "vosotros no sabéis mandar, tampoco sabéis obedecer: sólo por temor estáis tranquilos: necesitáis que os pongan funcionarios que no conozcáis u os conozcan y cuyo origen ignoréis, porque si fueron de entre vosotros mismos os escandalizáis en rivalidades, bandos y rencillas; no tendrías confianza en vuestro propio mérito. Va ese Presidente, esos Oidores, ese Obispo, y agradeced"

Al enviarnos alguna tropa, algún regimiento fijo, Coroneles, Oficiales y otros militares, era lo mismo que decirnos: "vosotros no sabéis defenderos con las armas en la mano; y es preciso daros otros que os defiendan; para pelear es preciso tener valor, y ese no lo tenéis: la muerte que es cosa común os espanta y los trabajos de una campaña os enferman. Si de entre vosotros se levantase un atronado, un malhechor a trevido; o de una barranca saliese un ladronzuelo que tuviese la habilidad de convocar a otros para robarnos, y comenzase su misión asesinando a los indefensos, vosotros no sabíais qué hacer ni qué camino tomar. Van esos Oficiales, esa tropa que os escolte, y agradeced"

Al enviarnos un cargamento de ropa de Castilla con registros de Cádiz, Barcelona o Santander, era lo mismo que decirnos: "Vosotros no tenéis arte ni heñefacturas aun las muy necesarias para la vida civil, y aunque tenéis muchas y buenas tierras de que podríais sacar más riqueza que de las minas, despreciáis su cultivo; tampoco tenéis ni conviene que tengáis comercio directo con los extranjeros porque seguramente os engañarían; sois nuevos en el arte de trocar que os parece que no requiere reglas; seíais el juguete de los corredores de lonja que os dañan el barro enlustrado por vuestra vajilla de plata y su soplido por tela maciza; corréis tras el relumbrón, dejando lo sólido. Van esas facturas de indianas, paños de Alcoy, lienzo casero y agradeced"

Al enviarnos algunos libros y obras literarias traducidas de cargazón, era lo mismo que decirnos: "Todavía no es tiempo que sepáis lo que se debe saber:

aun no habéis llegado a la edad de la madurez: es preciso prescribiros los pensamientos que debéis tener y ocultaros algunas verdades que precipitarían vuestra indiscreción: si se os dejasen leer los planes y romances de gobierno que escriben en Europa los sabios ociosos por ejercitar su ingenio y divertir el aburrimiento de la vida humana, os llenaríais la cabeza de quimeras e ideas platónicas. Os remitimos esos pocos libros en que se enseña la excelencia del gobierno monárquico, la obediencia pasiva al poder absoluto, el justo derecho de conquistista, la legitimidad de la esclavitud, y la distinción de clases que es consecuencia de ella, y agradeced"

Estos pensamientos que naturalmente me asaltaban a la imaginación cuando vivíamos bajo el Gobierno Español nos tenían avergonzados, humillados, abatidos, y al mismo tiempo soberbios y altivos, llenos de indignación, deseando una coyuntura favorable para romper la sujeción. Llegó esta coyuntura en septiembre de 1821 y dijimos: "Ya es tiempo" Nos juntamos; pues toda cosa grande se hace juntas; nos unimos; pues toda cosa heroica se hace por la unión. Guitamos, independencia, libertad, soberanía, orden nuevo, vida nueva; nosotros nos gobernaremos a nosotros mismos, y aunque al principio no lo hagamos bien, cada día lo haremos mejor: nadie nace enseñado, se aprende a andar, a correr, a sentir, a vivir. Todo se hizo al pie de la letra como dijimos y quisimos. Esto nos llegó de gozo, de alegría de entusiasmo, de arrebatado, de locura; nos entregamos al abandono de la pasión, al descuido, a la confianza; y ésta fue nuestra situación el primer año de la independencia.

En los siguientes fue calmando el entusiasmo y fuimos advirtiendo practicamente que en nuestra marcha tropezábamos con frecuencia; que caminábamos a tientas sin propósito de una senda desconocida que tenía a derecha e izquierda principios resbalosos. Conocimos que para establecer un gobierno bueno, es necesario mucho juicio, espera, retentiva, paciencia. Pero estas virtudes no se adquieren con simples deseos, con actos de esperanza; es necesario comenzar practicándolas. Toda virtud es un hábito, una operación, un ejercicio, no es una idea. Algunos queríamos ser republicanos como los esparciatas, hechuras de Licurgo que ahogaban todo sentimiento de humanidad por respirar sólo los de la patria: otros queríamos serlo como los atenenses que cultivan las ciencias y las artes, el lujo y las conveniencias de las ciudades; otros, como los cartagineses que profesaban el comercio y la navegación, y andaban con su ancheta de costa en costa y de cuerpo en cuerpo comprando barato y vendiendo caro; otros, como los romanos que aspiraban a conquististas y a la fama de valientes, fundando la guerra en la religión y culto de sus dioses, en las ceremonias y ritos de los templos, en pura exterioridad, sin buenas costumbres ni virtudes; otros, como los venecianos, que de un puñado que eran, escapados del machete de Atila, un bárbaro de aquel tiempo, se situaron en unas ciénagas formadas de los rebalses del mar; otros querían otras cosas diferentes.

Y de aquí dimanó una divergencia tal de opiniones, una oposición de caprichos que nada podía acionarse, mandarse, ni obedecer. De la divergencia nace siempre la poifia, de la poifia la tenacidad, de ésta el desprecio, de éste la enemistad, de ésta los odios, de los odios la pérdida de la patria